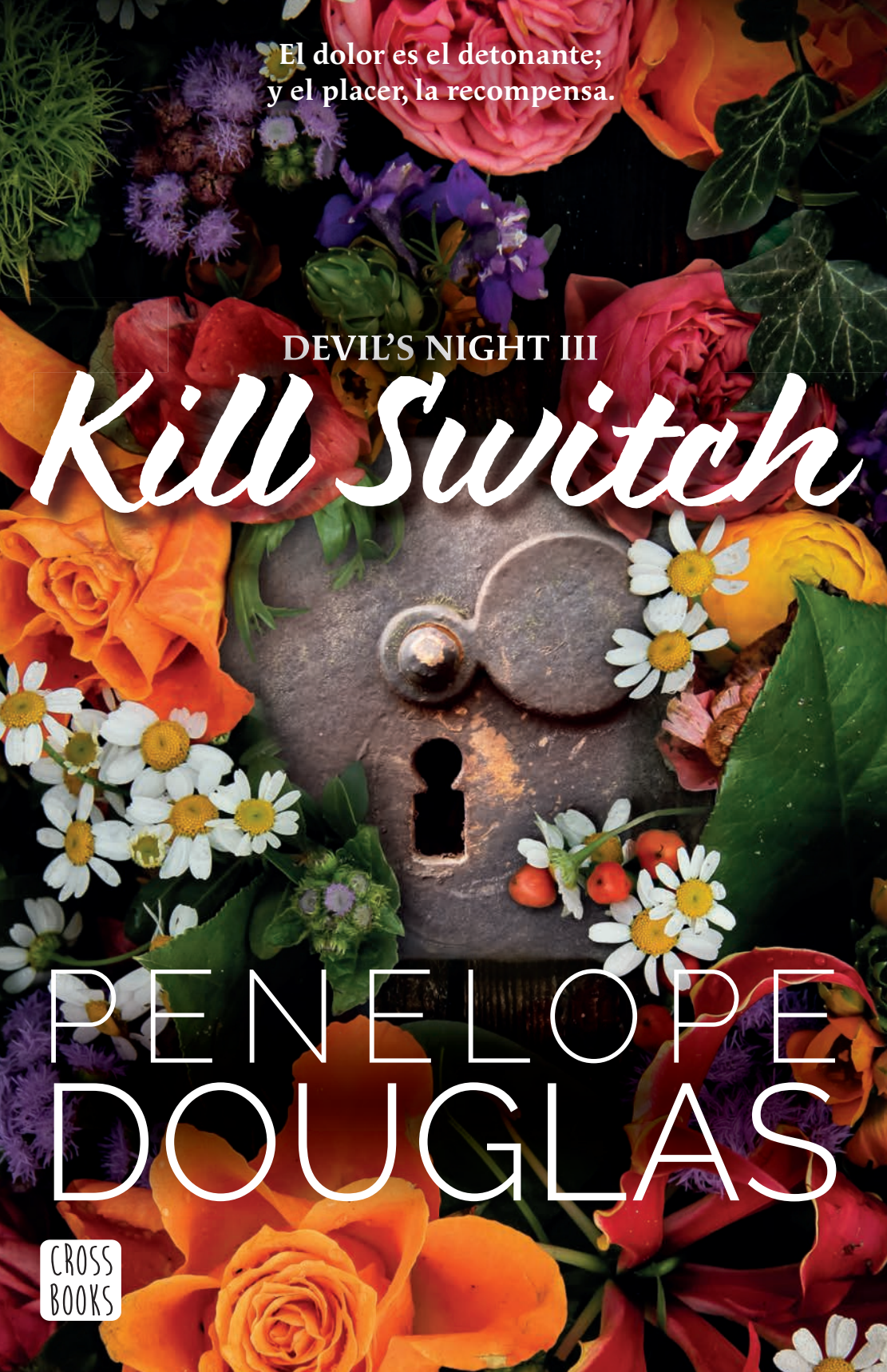




El dolor es el detonante;
y el placer, la recompensa.

DEVIL'S NIGHT III

Kill Switch

PENELOPE
DOUGLAS

CROSS
BOOKS

DEVIL'S NIGHT II

Kill Switch

PENELOPE
DOUGLAS



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Kill Switch*
© del texto: Penelope Douglas, 2019
Publicado de acuerdo con Dystel, Goderich & Bourret LLC a través Inter-
national Editors and Yañez' Co.

© de la traducción: Amparo Gresa y María Garrido (Prisma Proyectos,
S.L.), 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2024
ISBN: 978-84-08-29358-3
Depósito legal: B. 15.324-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible
y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el
ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras
y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o
escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Winter

Mis zapatillas de *ballet* rozan el suelo de madera noble cuando recorro pausadamente el largo pasillo. Las velas brillan sobre sus pedestales en las oscuras paredes, y juego con mis dedos mientras miro de izquierda a derecha cada vez que paso por una puerta.

«No me gusta esta casa. Nunca me ha gustado».

Pero al menos solo hacen fiestas dos veces al año: en junio, después de los recitales de verano; y en diciembre, tras el estreno de la representación anual de *El cascanueces*. A madame Delova le encanta el *ballet* y, como benefactora de la escuela, considera que «descender de su torre de vez en cuando para entretener al populacho y dejarnos entrar en su casa es un regalo para el pueblo».

O eso le oí decir una vez a mi madre.

La casa es tan grande que no creo que llegue a verla entera nunca y está llena de cosas que siempre despiertan admiración y cuchicheos, pero me pone nerviosa. Siempre me parece que voy a romper algo cada vez que me doy la vuelta.

Y es demasiado oscura, sobre todo hoy que solo está iluminada con la luz de las velas. Supongo que así es como hace Madame que todo parezca sacado de un sueño, al igual que ella misma: surrealista, demasiado perfecta, de porcelana. No llega a ser real.

Aprieto los labios y me detengo antes de exclamar:

—¿Mamá?

¿Dónde está?

Avanzo con cuidado, sin saber muy bien dónde estoy ni cómo volver a la fiesta, pero sé que he visto a mi madre subir. Creo que también hay una segunda planta, pero no estoy segura de a dónde conduce el próximo tramo de escalera. ¿Por qué subiría? Todo el mundo está abajo.

Tenso aún más la mandíbula con cada paso que me aleja más de la fiesta. Las luces, las voces y la música se van apagando y el oscuro silencio del pasillo me traga lentamente.

Debería volver. Se va a enfadar cuando sepa que la he seguido.

—¿Mamá? —vuelvo a llamar. Las mallas del vestido que llevo desde esta mañana me rozan la piel y me pica—. ¿Mamá?

—¿A ti qué coño te pasa? —grita alguien.

Doy un respingo.

—Incomodas a todo el mundo —prosigue el hombre—. ¡Siempre te quedas ahí parado! Ya hemos hablado de esto.

Vislumbro cómo una rendija de luz se cuela por una puerta entreabierta y me acerco. No creo que mi madre esté ahí. Nadie le grita nunca.

Pero puede que sí esté.

—¿Qué se te pasa por esa cabeza tuya? —vocifera el hombre—. ¿No hablas? ¿Nunca? ¿Por nada?

No hay respuesta. ¿Con quién está tan enfadado?

Me apoyo en el marco de la puerta y me asomo para intentar ver quién hay ahí.

Al principio solo distingo oro. El brillo dorado de la lámpara dorada que reluce en el escritorio dorado. Pero entonces me muevo hacia la izquierda con el corazón martilleándome en el pecho y veo al marido de Madame, el señor Torrance, que ha aparecido detrás del escritorio. Está de pie y mira con la respiración agitada a quien sea que esté al otro lado.

—Joder —suelta con desprecio—. Mi hijo. Mi heredero... ¿Puedes soltar algo por la puta boca? Solo tienes que decir «hola» y «gracias por venir», pero no eres capaz ni de contestar cuando te hacen una simple pregunta. ¿Qué coño te pasa?

Mi hijo. Mi heredero.

Me agacho y me levanto para intentar ver alrededor de la puerta, pero no localizo a la otra persona. Madame y el señor Torrance tienen un hijo, aunque no lo veo casi nunca. Tiene la edad de mi hermana, pero va a una escuela católica.

—¡Habla! —estalla de nuevo su padre.

Aguanto la respiración e, instintivamente, doy un paso, pero hacia delante en lugar de hacia atrás, y choco con la puerta sin querer. Los goznes chirrían, se abre un poquito más y retrocedo.

«Ay, no».

Me escabullo lejos de la puerta y me doy la vuelta, lista para salir corriendo, pero antes de poder huir, la puerta se abre, la luz se desparrama por los suelos oscuros de madera noble y una sombra alta se cierne sobre mí.

Tenso los músculos y un dolor agudo me arde como si fuera a orinarme encima. Giro la cabeza lentamente y veo al señor Torrance, que lleva un traje oscuro. El gesto de desdén se le suaviza y suelta un suspiro.

—Hola —dice, y se le forma una ligera sonrisa en los labios al mirarme.

Retrocedo de forma instintiva.

—Me... me he perdido. —Trago saliva y le miro a los ojos oscuros—. ¿Sabes dónde está mi madre? No la encuentro.

En ese preciso instante, la otra persona que había en la habitación abre la puerta del todo con brusquedad, de forma que el pomo choca con la pared, rodea a su padre y sale a toda prisa. El pelo negro le tapa los ojos, tiene la cabeza gacha y lleva la corbata desatada al cuello. Pasa a mi lado sin mirarme y baja la escalera corriendo.

El sonido de sus pisadas desaparece y me giro hacia el señor Torrance.

Sonríe y se agacha para quedar a mi altura. Retrocedo un poquito.

—Eres la hija de Margot —dice—. Winter, ¿no?

Asiento y pongo un pie detrás de mí, lista para dar otro paso atrás.

Pero él alarga la mano y me toca la barbilla. Yo la levanto para no estar en contacto con él.

—¿Cuántos años tienes? —pregunta.

Me vuelve a coger la barbilla y me gira la cabeza de un lado a otro mientras me evalúa. Después, su mirada baja de mi cara a los leotardos y el tutú blancos, por las medias y hasta los pies. Vuelve a subir para mirarme a los ojos, pero esta vez no hay ni rastro de la sonrisa. Sus ojos reflejan algo más cuando me miran fijamente, y no sé si es por el silencio, su altura o el hecho de que ya no oigo la fiesta, pero termino de dar el paso y retrocedo unos centímetros.

—Tengo ocho —murmuro bajando la mirada.

No necesito que me ayude a encontrar a mamá. Solo quiero irme ya. Ha sido muy malo con su hijo. Mis padres no son perfectos, pero nunca me han gritado así.

—Algún día vas a ser preciosa —añade casi en un susurro—. Como tu madre.

Lo intento unos segundos y consigo tragarme el nudo que se me ha hecho en la garganta.

—La primera vez que vi a mi mujer —sigue—, llevaba un vestido muy parecido al tuyo.

No hace falta que me imagine a Madame disfrazada, hay fotografías y retratos de ella por toda la casa y el estudio.

El señor Torrance permanece ahí un momento, y su altura y sus ojos, que me recorren, me incomodan.

Por fin baja la mano y coge aire, como si saliera de un trance.

—Corre a jugar por ahí —me dice.

Me doy la vuelta y salgo corriendo por donde he venido, pero tengo que mirar por encima del hombro una vez más para asegurarme de que está lejos y no me sigue.

Pero, cuando miro, lo veo seguir por el pasillo, abrir la puerta de enfrente y detenerse un instante, como si viera a alguien.

Casi me doy la vuelta para continuar, pero se retira de la puerta, se da la vuelta para cerrarla y la veo.

Mi madre.

Entrecierro los ojos y parpadeo para asegurarme de que es

ella. Lleva un vestido de tarde blanco, el pelo largo del mismo color que el mío y una sonrisa juguetona en los labios...

La puerta se cierra y bloquea la imagen de ella acercándose a él, y yo me quedo en el pasillo negro acompañada del eco de un reloj.

Debería irme. No sé qué ocurre, pero creo que no debería molestarla. Me doy la vuelta y corro escalera abajo, a través del recibidor y hacia la parte trasera de la casa, donde está la fiesta.

La puerta trasera se abre y entra un camarero con una bandeja, así que aprovecho para colarme y revoloteo por el patio con suelo de piedra y entre un mar de adultos. Estoy rodeada de cháchara y gente riendo, bebiendo y comiendo, mientras una flautista con un vestido celeste comparte un rincón con un cuarteto de cuerda a mi derecha. Llenan la terraza con *Las cuatro estaciones* de Vivaldi, una pieza que conozco muy bien de las clases de danza.

Los camareros retiran cubiertos entre el repiqueteo de copas y levanto la vista hacia el cielo. Está oscureciendo, y veo que las nubes tapan el sol y ensombrecen la fiesta. Es perfecto para la luz de las velas.

Localizo un grupo de blanco y veo a mis amigas correr tras unos setos, vestidas con ropa parecida, ya que acabamos de actuar en el recital hace un rato. Están apiñadas y ríen, y mi hermana, tres años mayor que yo, se sitúa en el centro del grupito. Solo vacilo un momento antes de dar un paso adelante y seguir las.

Rodeo el seto corriendo y al llegar al césped me detengo y aspiro el viento que sopla entre los árboles. Un escalofrío me recorre los brazos y echo un vistazo a la casa y a las ventanas de la primera planta, donde había estado. Mi madre podría venir a buscarme.

Pero la fiesta es un rollo y mis amigas están por aquí.

Más allá de la casa y la fiesta, el terreno se abre para dar a un amplio prado con césped y salpicado de parterres a izquierda y derecha, además de árboles y pequeñas colinas a lo lejos. Llega hasta donde alcanza la vista y parece sacado de un cuento de hadas.

Miro y veo a mi hermana en un corrillo con nuestras compañeras. ¿Qué están haciendo? Me echa una mirada fugaz, sonríe y les dice algo rápidamente antes de correr al laberinto y desaparecer detrás de los setos altos.

—¡Espera! —grito—. ¡Espérame, Ari!

Bajo por la ligera pendiente y hacia el laberinto, y solo me detengo un segundo en la entrada para mirar a los setos que hay a ambos lados. El camino solo se ve unos metros antes de tener que girar, y no he visto por dónde han ido. ¿Y si me pierdo?

Sacudo la cabeza. No. Esto no tiene ningún peligro. Si lo tuviera, lo habrían cerrado, ¿verdad? Acaban de entrar un montón de crías. No pasa nada.

Cojo impulso con el pie y echo a correr con el viento que sopla entre los cipreses, un cielo gris que promete tormenta y nubes amenazadoras que me ponen la piel de gallina. Giro a la derecha y rodeo los árboles por el camino, y al seguirlo me pierdo a medida que la entrada se aleja más de mí conforme me adentro en el laberinto.

Los pulmones se me llenan del olor a campo cuando cojo aire y, a pesar de que el camino está cubierto de hierba, la tierra me ensucia las zapatillas y me agito, incómoda. Seguro que me las he cargado. Lo sé.

Pero Madame insistió en que no nos quitáramos nada del disfraz, incluso después del recital.

A lo lejos oigo el eco de risas y aullidos, así que levanto la cabeza y aprieto el ritmo para seguir el sonido. Siguen aquí.

Después de un minuto, los sonidos se desvanecen y me detengo, esforzándome en oír dónde pueden estar mi hermana y mis amigas.

—¿Ari? —llamo.

Pero estoy sola.

Avanzo tímidamente por el camino y llego a un claro verde con una gran fuente en medio. Todo ocupa más o menos el doble que mi dormitorio y está rodeado de altos cipreses con otros tres caminos que se alejan del amplio claro. ¿Será el centro del laberinto?

La fuente es enorme y tiene un plato de piedra gris en la parte de abajo y uno más pequeño arriba. De los caños sale

agua que llena el plato superior y cae al inferior formando vigorosas cascadas. Crea un sonido cautivador, como de rápidos furiosos. Transmite mucha paz.

Pero, por no mirar por dónde voy, me choco con alguien y caigo de espaldas. Los brazos de una mujer se levantan con las palmas hacia fuera y retrocede como si estuviera sucia y no quisiera tocarme.

Veo la mirada sorprendida de Madame dulcificarse con una sonrisa. Su cuerpo es grácil y fluye como si esto fuera un teatro y ella nunca se bajara del escenario.

—Hola, cielo. —Su voz está impregnada de dulzura—. ¿Te lo estás pasando bien?

Doy un paso atrás, bajo la cabeza y asiento.

—¿Has visto a mi hijo? —pregunta—. Le encantan las fiestas y no quiero que se pierda esta.

«¿Le encantan las fiestas?». Frunzo el ceño, confundida. Su padre no parece estar de acuerdo.

Estoy a punto de decirle que no, pero entonces algo me llama la atención a la derecha y miro con los ojos entrecerrados para distinguir una silueta oscura.

La silueta oscura que está dentro de la fuente.

Está sentada en el plato inferior, tras la cortina de agua, oculta casi por completo.

Damon. El hijo al que le han gritado arriba.

Me detengo un momento y la mentira sale antes de que pueda evitarlo.

—No. —Sacudo la cabeza—. No lo he visto, Madame, lo siento.

No sé por qué no le digo que está aquí mismo, pero, después de ver cómo le ha gritado su padre, supongo que tiene pinta de querer que lo dejen tranquilo.

Evito la mirada de Madame como si fuera a darse cuenta de que miento y fijo la vista al frente. El vestido negro le cae vaporosamente sin llegar a cubrirle toda la pantorrilla y brilla con joyitas y perlas. La parte de arriba le reafirma la silueta esbelta, y la de abajo se contonea con cada movimiento. El pelo, negro y largo, le cae por la espalda tan liso y brillante como un arroyo fresco.

Nunca oigo a mi madre hablar bien de ella, pero, aunque la gente le tiene miedo, nunca le dicen nada malo a la cara. No aparenta mucha más edad que mi niñera, pero tiene un hijo mayor que yo.

Me rodea delicadamente sin decir nada y se dirige a la entrada, mientras yo me quedo quieta un momento y me pregunto si debería seguirla e irme.

Pero no lo hago.

Sé que seguramente no querrá ver a nadie, pero me sabe mal que esté solo...

Me acerco poco a poco a la fuente.

Me asomo a través de los chorros de agua e intento localizarlo mientras él se esconde en silencio. Tiene los brazos metidos en una chaqueta negra que sostiene en las rodillas y el pelo oscuro le cae por los ojos y se le pega a unos pómulos de porcelana.

¿Qué hace en la fuente?

—¿Damon? —digo con voz tímida—. ¿Estás bien?

No responde y veo a través del agua que tampoco se mueve. Como si no me oyera.

Me aclaro la garganta y hablo más fuerte.

—¿Por qué estás ahí sentado? —Y añado—: ¿Puedo entrar?

No quería decirlo, pero me he entusiasmado. Parece divertido, y una parte de mí solo quiere que se sienta mejor.

Sacude la cabeza y aparta la vista a un lado, pero luego vuelve a mirarme.

Me esfuerzo en ver a través del poco hueco que hay entre los chorros y veo que tiene la cabeza agachada y el pelo mojado en la cara. Veo algo rojo: tiene sangre en las manos. ¿Está sangrando?

Tal vez quiera una tirita. Cuando me duele algo, siempre quiero a mi mamá y una tirita.

—A veces te veo en la catedral. Nunca haces la comunión, ¿no? —le pregunto—. Cuando toda la fila va a comulgar, tú te quedas ahí sentado. Solo.

Permanece inmóvil tras el agua. Igual que en la iglesia. Se queda ahí sentado mientras el resto va al altar, a pesar de que

ya tiene edad para hacerlo. Recuerdo que estaba en la catequesis de mi hermana.

Me muevo, inquieta.

—Yo hago la primera comunión pronto —le digo—. Bueno, en teoría. Primero hay que confesarse, y esa parte no me gusta.

Puede que por eso se quede sentado durante esa parte de la misa. No puedes tomar el pan ni el vino si no te has confesado y, si odia eso tanto como yo, puede que pase de todo.

Le busco la mirada a través del agua, que me salpica la piel y el disfraz, y se me pone la piel de gallina. Yo también quiero entrar. Quiero ver.

Pero no parece muy amable. No sé qué hará si entro con él.

—¿Quieres que me vaya? —Inclino la cabeza para intentar mirarlo a los ojos—. Si quieres, me voy. Es que este sitio no me gusta mucho. La tonta de mi hermana siempre se lo carga todo.

«Se ha largado con mis amigas y ha huido de mí, y mi madre está... ocupada. Ver cómo es una fuente desde dentro por primera vez parece divertido».

Pero no parece que quiera que entre, ni yo ni nadie.

—Me voy —digo al fin, y retrocedo para dejarlo solo.

Pero, en cuanto me giro, el sonido del agua cambia de repente y miro para ver que le cae en la mano.

La saca lentamente a través del agua en un gesto que me invita a entrar.

Dudo un instante e intento ver si le distingo la cara, pero sigue cubierta de pelo empapado.

Miro a mi alrededor: no veo a nadie y seguro que mi madre se enfada si me mojo, pero... me apetece.

No puedo reprimir una sonrisa cuando le agarro los dedos helados, levanto una pierna y entro en la fuente.

Hacía mucho.

Hacía mucho de aquello, pero aquel día se me quedó grabado en la mente porque fue el último día que le vi la cara a mi madre. Fue el último día que vi mi cuarto y la nueva deco-

ración con la que lo había remodelado. La última vez que pude correr a donde quise teniendo claro que no me esperaba ningún peligro por el camino, y la última vez que no puse nerviosa a la gente y que fui más un ser querido que una carga para mis padres.

Fue la última vez que me incluyeron sin dudar y que pude disfrutar de una película, un espectáculo de danza o una obra de teatro como se tendrían que disfrutar.

Fue el último día que fui yo misma tal y como recordaba y el primer día de una nueva realidad de la que nunca podría salir. No podía volver. Nunca podría rebobinar y no meterme en ese laberinto. No podía deshacer el hecho de que entré en esa fuente.

Porque, joder, ojalá no lo hubiera hecho. Algunos errores no se superan nunca.

Y, cuando mi madre y yo estábamos al lado de mi hermana mayor, trece años más tarde, en el día de su boda, oliendo su perfume y oyendo al sacerdote murmurar el bendito sacramento del matrimonio, luché por no retroceder ni recordar que, por un breve y hermoso instante, aquella fuente de tantos años atrás fue un escondite caído del cielo. Cómo deseaba estar ahí ahora con tal de irme de aquí.

Los anillos, el beso, la bendición...

Y se acabó. Estaba casada.

Se me cayó el alma a los pies y los ojos me escocieron al cerrarlos. «No».

Me quedé ahí parada, oyendo susurros y movimiento, y esperé a que la mano de mi madre me guiara por los escalones para salir de la catedral vacía.

Necesitaba aire. Necesitaba correr.

Pero las voces de mi madre y mi hermana se alejaron de mí.

Y los mismos dedos helados que agarré en aquella fuente tantos años atrás rozaron los míos.

—Ahora... —me susurró al oído el nuevo marido de mi hermana—. Ahora me perteneces.